

La sonata a Kreutzer,

Jueves 24-1-43
a las: 22.25

por D. Joaquín Turina

Nos encontramos, mis queridos oyentes, ante una de las obras más famosas y populares de Beethoven. La sonata en la, op. 47, se presta, además, a no pocos comentarios, ya técnicos, ya históricos. Pero, ante todo, conviene marcar una circunstancia bien curiosa, por cierto. Beethoven, que escribió nueve sinfonías, diez y seis cuartetos y treinta y dos sonatas para piano; que se entusiasmaba con estas obras y que va incorporándolas a sus tres estilos; escribe nueve sonatas para violín, es decir, hasta la op. 47, y únicamente, en 1812, se decide a escribir la décima, op. 96, última de la serie. ¿y esto ¿por qué? Hay aquí un proceso de sonoridad que, indudablemente, le preocupaba, como preocupa a todos los compositores que escriben para el violín. Tanto la orquesta, como el cuarteto, como el piano, forman un conjunto completo; son, por decirlo así, instrumentos polifónicos. No puede decirse lo mismo del violín solista, instrumento que se añade al piano, pero que no ^{se} funde jamás con él. Si el piano se limita a acompañar, desempeñando el secundario papel de soporte, menos mal; al fin y al cabo es un divo, como un tenor de ópera. Pero, la sonata es un

diálogo entre el piano y el violín, y cuando el piano toma la palabra, el violín no sabe que hacer. De ahí esas lagunas que se encuentran en las obras más conocidas. La sonata moderna es declamada; basta recorrer el repertorio, desde Brahms hasta Fauré. En la época de Beethoven aun no se ^{festilaba} esto y el gran músico, aunque sordo, debía sentir en sus adentros el desequilibrio de sonoridad y, quizá por esta causa, abandonó un género que no le apetecía, mientras que su espíritu le llevaba hacia la Novena Sinfonía, hacia el Cuarteto 15, hacia la maravillosa sonata para piano, op. 110.

Beethoven escribió la sonata en la para el violinista mulato Bridgetower y la tocó con él dos veces, durante el año 1803. Sin embargo, la sonata está dedicada a Rodolfo Kreutzer, violinista y compositor, nacido en Versailles y muerto en Ginebra. Es de suponer, dado el carácter de Beethoven, que, al presentar la obra a Kreutzer, no le decía las palabras de César Franck, cuando llevó su sonata al violinista Gsayer: "Aquí le traigo esta sonata, que está bastante bien". En todo caso, Kreutzer no llegó a tocarla nunca en público, por considerarla de

poco efecto. ¡ De poco efecto! Pues precisamente el acierto de Beethoven al escribirla ha sido el colocarse a mitad de camino, entre la sonata y el concierto. Y no se crea que esto lo inventó Beethoven. Nada de eso. En la enorme producción de Haydn, y sobre todo, en las sonatas para piano, se encuentran algunos modelos en donde la escritura ornamental casi desborda las ideas melódicas, tal es su profusión de adornos. Véase como ejemplo la sonata en do, llamada inglesa y dedicada a los Bartolozzi. Pues a este tipo de sonatas de lujo, pertenece la sonata en la de Beethoven.

Escrita en 1803 y casi contemporánea de la apasionata, constituye un modelo perfecto del segundo estilo beethoveniano, es decir, es obra de madurez, pero perfectamente encaillada en su época. Es la evolución prevista, tras la labor de Haydn y de Mozart. Hay ya inquietud y deseo de grandeza; se presienten muchas cosas; pero, nadie puede adivinar todavía la profundidad de la Canzona del Cuarteto 15, ni el Agnus Dei de la Misa solemne. Porque, además, la sonata en la lleva consigo un aparato exterior de virtuosismo. Para interpretarla hacen

4
falta dos concertistas. y el aparato exterior y la quiriñalda de notas y la belleza franca, espontánea, de las melodías, explican fácilmente su popularidad y su fama.

El primer tiempo se inicia con una introducción lenta, procedimiento muy beethoveniano; y en la introducción se destacan y repiten con insistencia dos notas, que han de formar el eje de todo el tiempo. Esto ya lo había hecho Beethoven en otras obras, por ejemplo, en la Sonata Patética. Como expresión, este primer tiempo se asemeja a un torrente. Pasajes dinámicos del piano o del violín, forman transiciones y puentes hacia las bellísimas frases, que destacan como faros luminosos. Construido en forma de Sonata, son mucho más brillantes las exposiciones de los temas, que el desarrollo central. Al romper ritmos y tonalidades, se nota el desequilibrio sonoro entre el piano y el violín.

Bien que Beethoven hiciese evolucionar la Variación en sus últimas obras, las Variaciones de la Sonata en la son puramente ornamentales y decorativas. Su encanto consiste en haber encontrado un estilo de virtuosismo de una dulzura infinita. El centro de las Variaciones está